

Historia(s) e Histórica¹ *Reinhart Koselleck en conversación* *con Carsten Dutt²*

DUTT: Jacob Taubes lo llamó en una ocasión un «partisano» de las historias en plural frente a la historia en singular³. Esta caracterización se refiere a un elemento polémico que desde su *Crítica y Crisis*⁴ se encuentra en muchos de sus trabajos: a su discusión con la filosofía de la historia moderna. Frente al saber especulativo evolutivo y las metas universales de las que está dotado el paradigma filosófico-histórico del singular colectivo «historia» (*Geschichte*)⁵, usted recuerda la diversidad infinita, la heterogeneidad y no convergencia de las unidades de acontecimientos que la historiografía tematiza —por lo demás y dicho sea de paso, sin conectar esta atención a las historias en la historia con una posición narratológica, que define la narración como la única forma legítima de representación—. He aquí mi primera pregunta: ¿Cómo considera hoy, retrospectivamente, su crítica a la filosofía de la historia?

KOSELLECK: Bien, la dificultad que plantea la filosofía de la historia consiste de hecho en que los sistemas idealistas, sin excepción alguna, han hipostasiado proyectos totales de la historia entera hasta su presunta meta o han intentado demostrarlos. Y esta pretensión total es —en su traducción política— totalitaria, con las consabidas consecuencias, especialmente en el marxismo, que constituye un resultado de esta filosofía de la historia idealista. En contra de lo anterior cabe aducir teóricamente la pluralidad de historias, y, a mi entender, con razón, claro está que con la reserva de que la multiplicidad de historias particulares —que siempre pueden ser aporéticas y excluirse mutuamen-

te, que no admiten ninguna interpretación común, sino que reproducen contradicciones consigo mismas, precisamente también contradicciones en la exégesis—, que esta pluralidad, no obstante, remite desde el siglo xx a una historia común sin más, de cuya conceptualidad, revestida de filosofía de la historia, quiero en efecto escapar. Uno no puede por menos de afrontar este aspecto común de la pluralidad de las historias como problema moderno, especialmente del último y del presente siglo xxi. En qué medida este elemento común, que por de pronto y desde el punto de vista empírico se encuentra salvaguardado siquiera técnicamente —a saber, mediante la técnica de las comunicaciones, de la transmisión de informaciones y de los transportes—, en qué medida este aspecto común, logrado mediante semejante red, repercutirá en la estructura política de la diversidad de historias, eso es un problema abierto e irresoluble con teleologías históricas e incluso con narratividades.

DUTT: Según una formulación pregnante, que usted ha repetido en varias ocasiones, la tarea central de la Histórica, tras el fracaso de la filosofía de la historia, consiste en esclarecer «las condiciones de posibilidad de historias»⁶. Si lo entiendo correctamente, este principio, a pesar de ser un préstamo lingüístico de la filosofía trascendental, está orientado decididamente hacia la teoría del objeto (no propiamente hacia la teoría del conocimiento, como en su tiempo ocurrió con Droysen, o de la representación, como ocurre hoy, por ejemplo, con Ricoeur). A usted lo que le importa es desarrollar categorías que

hagan comprensibles por qué pueden acontecer en general historias y cómo pueden ocurrir. Usted ha llevado a cabo ese programa en diferentes etapas: en los años sesenta comenzó poniendo de relieve estructuras formales del tiempo, cuyo espectro debía abarcar las posibles formas evolutivas de procesos históricos. Desde los años ochenta se constata cada vez más nítidamente un deslizamiento del proyecto en dirección a la exploración de relaciones de fundamentación antropológica de historias. En polémica particularmente con el análisis heideggeriano del *Dasein*, pero también con las premisas teóricas de la hermenéutica filosófica de su maestro Hans-Georg Gadamer, ha esbozado una antropología de relaciones elementales de oposición, según las cuales el ser conflictivo «hombre» (*Mensch*) se ve envuelto una y otra vez en historias. Quisiera pedirle que nos hablara de nuevo acerca de esta empresa, antes quizá de embarcarnos en la discusión de algunos problemas y cuestiones de detalle que pueden suscitarse aquí.

KOSELLECK: Sí, el concepto de antropología como marco conceptual para posibles historias es propiamente más la designación de un programa que su pleno cumplimiento empírico [esto es, no hay que tomarlo como si ya hubiera sido realizado en su integridad]. Así pues, también las categorías antropológicas formales que he elucidado precisan constantemente de la verificación empírica a fin de poder ser transferidas a una teoría de la historia. Con esta matización, relativa ante todo a la praxis investigadora, quisiera decir obviamente que sin duda algunas determinaciones duraderas formales son inherentes a la naturaleza humana, articulada de modos completamente diversos en las historias particulares fácticas. Esto vale desde las historias de Heródoto hasta las modernas historias del terror, que pueden tener una repercusión global —como no podemos dejar de ver nuevamente estos días. ¿Qué categorías formales son éstas? Pues bien,

son básicamente las tres oposiciones —que, dicho de pasada, he reencontrado con posterioridad en Goethe⁷, sin saberlo previamente—: *antes-después*, *fuera-dentro* y *arriba-abajo*. Son categorías muy formales, sin las cuales, empero, ninguna historia es pensable. Y si se toma esto en serio, se pueden deducir de estas categorías formas de conflicto —conflictos, porque las diferencias temporales se siguen de manera completamente necesaria de estas fracturas estructurales—⁸. Es decir, si tengo una teoría del conflicto, aplicable potencialmente repetidas veces, tengo entonces a la vista el detonante de posibles problemas, los gérmenes generadores de fricciones. Me parece que lo más importante es que las historias *eo ipso* no acaban armoniosamente, tal como han supuesto reiteradamente los filósofos de la historia —para quienes tendrían estructuras con miras a su cumplimiento diacrónico—, sino que siempre vemos estallar diacrónicamente nuevos conflictos en otro nivel —superior o inferior—. La segunda determinación duradera reside, además de en los citados pares antitéticos, en la distinción entre lenguaje e historia no lingüística, que ciertamente puede ser cuestionada y revisada de continuo por la reflexión hermenéutica fundamental de la filosofía gadameriana, pues todo lo que el hombre piensa y hace está condicionado lingüísticamente. Pero la cuestión clave es si esta premisa basta para derivar como un acontecer lingüístico también todas las historias y la historia *in toto*, lo cual se me antoja imposible. Por eso el rasgo diferenciador entre lenguaje e historia constituye un dato que distingue la Histórica de cualquier tipo de hermenéutica.

DUTT: En efecto, Gadamer denomina la historia (*Historie*) en *Verdad y método* «una especie de filología a gran escala» («*eine Art Philologie im Großen*»)⁹ —una formulación asaz problemática, según creo, porque ignora el hecho de que la relación del historiador con los textos que

le sirven como material para sus investigaciones es completamente distinta de la relación del filólogo con la poesía (y por supuesto también es distinta de la del jurista con el código del derecho vigente y de la del teólogo con la verdad revelada). Para el historiador los textos transmitidos no representan la última instancia, pues los interroga sobre algo que los precede y de lo que posiblemente dan testimonio sólo de una forma distorsionada.

KOSELLECK: De hecho, es propio del fenómeno fundamental de toda ocupación con la historia que los textos, ciertamente, sean necesarios para entenderla, volver a contarla, repetirla o reescribirla. Sin textos no puedo dedicarme a la historia, pero los textos, efectivamente, no son la última instancia, porque ningún texto ofrece lo que caracteriza a una historia. Ninguna fuente, defínase como se quiera, basta para derivar suficientemente a partir de ella la historia a la que remite. Toda historia es más o menos de lo que pueda decir la fuente. Esto vale ya para las estructuras de acontecimientos de historias, que, aunque a menudo en fuentes bien relatadas se aproximan mucho al acontecimiento, nunca son, sin embargo, reducibles a ellas en una relación de 1 a 1, y todavía con más razón para procesos a largo plazo que no figuran en ninguna fuente, sino que es menester reconstruir su situación para ceñir los decursos a largo plazo —por ejemplo, estadísticamente mediante series de fuentes— con un corsé temporal que tematiza la diacronía, que como tal, sin embargo, no se halla en ninguna fuente. Por eso siempre se procede trascendentalmente —si se quiere expresar así— al derivar de los textos las condiciones de posibilidad de historias, pero ninguna fuente por sí misma puede explicar la historia¹⁰.

DUTT: Volvamos a los lazos entre Histórica y antropología. Una empresa que apunta a condiciones antropológicas, y en este sentido metahistóricas, de historias

posibles —«posibles humanamente»—, ¿no debería tener en cuenta, junto a la conflictividad ínsita en la *condition humaine* y, por consiguiente, en cierto modo estructuralmente insuprimible —como la resultante de las relaciones arriba-abajo, dentro-fuera, etc.—, también la facultad humana de resolverla, y en este contexto tratar la razón como uno de los monopolios del hombre? Podemos no sólo matarnos y vencernos unos a otros; también podemos entendernos, practicar la justicia e incluso, tal como ha recordado tan convincentemente Hannah Arendt en su antropología política, perdonar¹¹. Para usted estos aspectos pasan llamativamente a un segundo plano. En un pasaje de *Estratos del tiempo (Zeitschichten)* se llega incluso a leer: «La historia misma [...] es irracional —racional es a lo sumo su análisis—»¹². Ahora bien, se podría objetar: ¿No destila lo anterior demasiada sobriedad, esto es, un reflejo negativo de la exaltación de la filosofía de la historia? ¿Acaso no cabe discernir en la historia ganancias de racionalidad y procesos de aprendizaje, analizar sus condiciones y expresarlo en el sentido de un autorrefuerzo históricamente reflexivo de tales procesos?

KOSELLECK: El postulado de encontrar razón en la historia, como postulado o programa político, tiene naturalmente sentido, puesto que sería absurdo afirmar que los hombres que están involucrados en historias y que son capaces de matarse mutuamente¹³ son irracionales *a priori*. Ciertamente, la apelación a la razón pertenece a un programa mínimo de toda política. La cuestión es sólo saber para qué sirve descubrir también razón en la historia, si diferentes unidades de acción con proyecciones racionales propias, sin posibilidad de entenderse suficientemente, generan nuevos conflictos. Un conflicto se acaba cuando surge el siguiente y sólo entonces. Por tanto, los conflictos nunca pueden solucionarse definitivamente, sino

que en realidad sólo son sustituidos por conflictos estructurados de modo distinto. Ésta es la experiencia que nos ha suministrado hasta ahora la historia entera, y que, como es natural, puede interpretarse racionalmente, pero de ahí no cabe inferir que esta serie de conflictos produzca en sí una razón mejor. Podemos esperarlo, intentarlo, trabajar políticamente en pos de ese objetivo —sin duda alguna, pero no con una antropología de la historia que define este advenimiento de la razón como algo que va de suyo. El peligro estriba en que al atribuir razón a la historia podemos sustraernos a nuestra responsabilidad. Esto es efectivamente lo que he tratado de exponer en mi tesis doctoral como la aporía propia de la Ilustración¹⁴.

Por lo demás, algo análogo vale para otro monopolio del hombre: la moral. Mi hipótesis continúa siendo que la dimensión moral de todos los campos de acción está siempre presente en el ámbito político, en el económico, también en el religioso y teológico, sin que represente la pauta o la instancia última de nuestras decisiones. Es decir, cuanta más inmoralidad sea producida, por ejemplo en la historia política o militar, o en la historia del terror, tanto más fuerte es el modo deficiente de implicaciones morales, pero este modo deficiente de la ausencia de moral se puede mostrar. En cierta medida el juicio negativo sobre la falta de moral forma parte necesariamente de lo que acontece. Así pues, aun no partiendo de que la historia se erija en tribunal del mundo (*Weltgericht*) y enmiende faltas morales, sea en el más allá o todavía en esta historia misma, según la interpretación optimista y, a la postre, terrorista de la historia universal, para la cual todo lo que pasa constituye ya la ejecución del derecho y la moral —por consiguiente, incluso aunque no se pueda asumir esta posición—, queda la instancia negativa de las faltas morales y de las fuentes de errores, sin la que seguramente no se puede enjuiciar ninguna acción polí-

tica. Yo quizá lo expresaría con una formulación extrema: la moral significa el control negativo de lo que ocurrió de hecho, pero lo que de hecho ocurrió nunca es *eo ipso* moral.

DUTT: Respecto al potencial analítico-tipológico y explicativo de las categorías de su Histórica, es evidente que los pares antitéticos dentro-fuera, arriba-abajo, antes-después, concebidos como esquemas —a los que pueden corresponder múltiples contenidos— de relaciones de tensión generadoras de historias, posibilitan comparaciones y, por tanto, que se hagan patentes los puntos de convergencia y también de divergencia entre historias. *Semper idem et semper aliter*. Pero ¿cuál es la contribución de las categorías a la reconstrucción de historias particulares y de sus consecuencias, al conocimiento de su origen, de su desarrollo y de sus efectos? Tienen que aportarse en cada caso principios explicativos comprensivos y a la vez muy específicos, que no son deducibles del retículo de las oposiciones elementales.

KOSELLECK: Sí, seguramente. El concepto de reconstrucción sugiere que se definan historias como tales susceptibles de mostrarse suficientemente a partir de ellas mismas; que, por consiguiente, no hay una construcción, sino sólo una reconstrucción, en el fondo una reproducción de lo que de hecho ocurrió. Esto es posible en relación con los nexos entre acontecimientos (*Ereigniszusammenhänge*) en los que los agentes o grupos humanos realizan acciones que pueden seguirse empíricamente y reconstruirse. Ahí reside, por ejemplo, la simplicidad de la historia de la diplomacia o también la de la historia de la política, cuya reconstrucción es posible en este sentido, porque los agentes, sus acciones y omisiones, y los motivos que están detrás pueden hacerse visibles. Por el contrario, los conflictos reales que requieren un largo período para ser dirimidos y que, por consiguiente, se

extienden más allá de los espacios de tiempo generacionales de los agentes, no se encuentran en ninguna fuente —como ya dije—, y entonces puede tratarse menos de una reconstrucción que de un esbozo de una posible historia, cuya plausibilidad es establecida por evidencias que crea el historiador mismo en el conjunto de las fuentes. Ciertamente, esto no es ninguna invención de la historia, sino siempre sólo un hallazgo, el cual, sin embargo, se refiere a nexos que necesitan una elaboración teórica previa. Analícense, verbigracia, los conflictos generacionales durante un largo tiempo, o examínense las relaciones de producción y las fuerzas productivas en el sentido de Marx a través de los siglos para ver cuándo se presentó la posibilidad de un salto cualitativo, por ejemplo, mediante la tecnificación de la producción. Cabe, por tanto, indagar muchas cosas a largo plazo que no se disuelven en los acontecimientos particulares, pero que los condicionan.

Y una indicación es, a mi entender, especialmente relevante en este contexto: El manido concepto de duración, la *longue durée* de Braudel, tan extendido en nuestro gremio, induce a un gran malentendido. La *duración* no tiene nada de estático. Lo estático se halla por doquier en la naturaleza, si permanecen constantes circunstancias no humanas de índole natural, o cambian en plazos extremadamente largos, en la historia natural en millones de años o en decenas de miles de años, como, por ejemplo, en la época glacial. Pero los modos de acción previsibles a corto y medio plazo apenas pueden definirse como duraderos en el sentido de estados constantes. Duración implica repetición, es decir, los acontecimientos particulares contienen un sinnúmero de comportamientos, mentalidades, proyectos subjetivos, reglamentaciones institucionales, etc., los cuales dependen todos de que se repitan. En la repetición hay obviamente también un hecho y un acontecimiento, pero

se trata de un acontecimiento que no es descifrable merced a su singularidad (*Einmaligkeit*), sino gracias a lo que se repite en el acontecimiento y en su singularidad. Esto es difícil de calcular porcentualmente, pero *grosso modo* diría que más del cincuenta por ciento de todos los acontecimientos contienen estructuras de repetición que resurgen *in actu* y son hechas de nuevo operativas. Por consiguiente, el concepto de duración es en cualquier caso *también* un modo de acción siempre único (*einmalig*), que, sin embargo, en la suma de unicidades contiene repeticiones muy difíciles de describir y de descubrir a partir de las fuentes, porque las fuentes en general se refieren a acontecimientos únicos. Y esto requiere un trabajo teórico previo sobre el que, hasta donde sé, ninguna historia (*Historie*) ha reflexionado hasta ahora lo suficiente, tampoco se ha hecho en la praxis, en la empiria investigadora; y por cierto tampoco yo lo he hecho. En mi libro sobre Prusia¹⁵ he intentado estudiar las estructuras de repetición del derecho durante un siglo para mostrar lo que, no obstante, cambia: las condiciones sociales del derecho, y precisamente por eso surgieron conflictos, aunque el derecho continuó siendo el mismo. Surgieron conflictos porque las circunstancias sociales relacionadas con el derecho cambiaron, y esos conflictos, por tanto, sólo pueden explicarse mediante las estructuras de repetición del derecho, que permaneció idéntico consigo mismo, pero, en lo concerniente a los casos que tenía que tratar, produjo casi injusticias.

La singularidad parece *prima facie* ofrecer la historia más real, en la medida en que los acontecimientos particulares del día a día conforman la vida cotidiana y los responsables de las decisiones políticas se enfrentan a diario a alternativas, de las que pueden derivarse disputas, conflictos y sus soluciones. Pero embutidos en esas singularidades hay una plétora de supuestos que vienen repitiéndose, cronológica-

mente, desde hace siglos o medios siglos y que brindan las condiciones de posibilidad de la unicidad. Si todo fuera único, se caería en el vacío. Si todo fuera nuevo, no se sabría en absoluto cómo proceder. Y esto nos plantea la cuestión: ¿Qué se repite de hecho para posibilitar la singularidad? ¿Cuántas fuerzas y estructuras de repetición se necesitarían (y, dado el caso, necesitamos) para poder ser innovadores? Ésta es la cuestión central, teóricamente central, que emerge en todas las situaciones políticas.

Piense, por ejemplo, en la historia de la unificación de Bismarck, muy intensamente explotada desde el punto de vista de la crítica de las ideologías. En términos estructurales se ha tratado de la fundación de una constitución por parte de los príncipes para proteger al pueblo alemán; así se definió entonces la constitución y ahí están contenidas premisas federales que descansan en la alianza entre los príncipes. Esto no es idéntico al refuerzo democrático que Bismarck introdujo con el sufragio universal, lo cual demostró su plena modernidad en la instauración del Imperio. Pero, precisamente en relación con la federación de príncipes, reclamó un modelo de actuación que se remontaba hasta medio milenio en la historia alemana con su experiencia reinterpretada siempre de nuevo: Mediante federaciones en el seno del Imperio, éste fue tan socavado como conservado. La Cámara y el Consejo áulico Imperiales, por un lado, continuas intervenciones de los Estados vecinos, por otro, se encargaron de preservar la estructura federal interna siempre amenazada. Bismarck también utilizó un instrumental que estaba dado previamente en la historia alemana —piénsese asimismo en la unión aduanera dentro de la federación alemana— de un modo distinto al de cualquier otro país europeo. Son estructuras de repetición que representan condiciones de posibilidad de la libertad de acción, y Bismarck las aprovechó admirablemente. En

1848 fracasó la unificación, probablemente por un exceso de identificación nacional. En realidad, nadie quería llevar a la práctica modelos federales bajo la presión de las potencias hegemónicas de Prusia y Austria, sin las cuales su viabilidad estaba en entredicho. Pero Bismarck rentabilizó el saber propocionado por esa revolución, y puso en práctica, por así decirlo, la solución mínima de una hegemonía de Prusia a escala federal, que luego se modificó estructuralmente muy deprisa en el curso de la época guillermina ¹⁶.

Esto son aproximaciones que deben precisarse para introducir las metódicamente en la ciencia histórica. Y aquí hasta ahora, según mi opinión, apenas se ha hecho algo, tampoco yo he contribuido demasiado a semejante tarea.

DUTT: En la medida en que la investigación histórica haga visibles cambios estructurales a largo plazo y, por decirlo así, lentos, procesos que abarcan varias generaciones, ella puede evidenciar algo que no podía ser registrado ni experimentado conscientemente por los coetáneos. En este sentido hay una experiencia de la historia que es dependiente de la ciencia: una conquista del uso del método de la historia profesional. Usted se ha ocupado en diversos trabajos de la historia de la historiografía ¹⁷ (*Geschichte der Historie*), y lo que en general ha hallado es inequívocamente la historia de un progreso: una historia de las acumulaciones de instrumentales que permiten acceder a nuevas fuentes de experiencias y nos ayudan a ganar conocimientos, que a su vez son acumulados y permanecen disponibles en la memoria de la ciencia institucionalizada. Pero usted también llama la atención sobre pérdidas, especialmente en lo concerniente a las posibilidades de la representación de lo comprendido mediante la investigación.

KOSELLECK: Sí, el progreso científico puede mostrarse naturalmente en el marco de criterios racionales. Tales crite-

rios existen en el ámbito de la exégesis de las fuentes y de las aproximaciones metódicas a las mismas, a su elaboración —desde la arqueología hasta las exégesis textuales y las de los científicos de los *mass media* de hoy. Dentro del marco de esas condiciones hay criterios que posibilitan controles racionales y que, por consiguiente, espolean un proceso cognoscitivo irreversible —sin perjuicio de las condiciones de este proceso—. Por tanto, si se tematizan con Thomas Kuhn revoluciones en las ciencias¹⁸, entonces sólo cabe decir: A pesar de todas las singularidades, pulsos generacionales y cambios de paradigmas hay nociones que continúan siendo describibles acumulativamente. Malo si no fuera así. Pues, de lo contrario, nos extenderíamos a nosotros mismos el certificado de la estulticia absoluta. Pero, por otro lado, están las pérdidas —que ni proporcionalmente ni a guisa de balance son compensables con los progresos del conocimiento. Yo diría más bien que son relaciones asimétricas. Hay pérdidas que se sustraen al control racional de la ciencia, que, por decirlo así, están a sus espaldas, de través. El clásico ejemplo es quizá la capacidad de Tucídides para inventar discursos, imitada hasta entrado el siglo XVIII. El propio Ranke ha intercalado discursos en sus historias que, sin embargo, ha derivado directamente de las fuentes, y así, a diferencia de Tucídides, no ha proporcionado discursos inventados. Pero los discursos ficticios de Tucídides tienen el gran mérito de poder decir casi poéticamente y de manera comprimida en pocas páginas más de lo que ha sido capaz de ofrecer cualquier discurso pronunciado realmente en una situación de confrontación política. Tucídides, por tanto, formula pretensiones teóricas en las ideas pensadas, discutidas y expresadas, que de otro modo no podrían hacerse patentes. Esto constituye un logro estético superior al de un discurso reconstruido o conforme a las fuentes, en el sentido de que ha conceptualizado las condi-

ciones de posibilidad teóricas de una acción mejor de lo que lo habría hecho sin esos discursos inventados. Y así se puede afirmar *de facto* que esto computa como una pérdida, porque es decapitada la fantasía que, con los discursos inventados de Tucídides, había ofrecido creaciones del máximo nivel teórico para la ciencia histórica.

DUTT: Se podría tal vez aducir que este déficit en la modernidad es equilibrado por una suerte de división de tareas entre la ciencia histórica que renuncia a este y otros elementos estilísticos propios de la ficción, por un lado, y la prosa literaria, que se sirve de ellos, por otro. Esto podría considerarse como una relación complementaria. Seguramente conviene apreciar muchas novelas importantes —desde *Guerra y paz* de Tolstoi hasta *Aniversarios (Jahrestagen)* de Uwe Johnson— como obras historiográficas, aunque naturalmente no como obras sujetas a las restricciones de la técnica expositiva, a la «disciplina de la verdad» de la historia científica.

KOSELLECK: Por supuesto, puede denominarse complementaria, pero no es entonces un estado de equilibrio, sino que, por decirlo así, hay asimetrías recíprocas que de este modo se hacen manifiestas. Sin duda, el tratamiento literario de experiencias históricas es no sólo estéticamente más interesante que la lectura de la mayoría de los textos históricos, sino que cuenta con la gran ventaja de, por ejemplo, reducir simbólicamente los episodios conflictivos a situaciones que pueden decir en pocas páginas más de lo que a uno le permiten decir varios metros de longitud de ediciones de fuentes. Por eso la historia relatada está en tal respecto más cerca del novelista, del epos, que de la edición crítica de las fuentes. Toda historia narrada conduce al terreno en el que la fantasía es necesaria para producir un mínimo de consistencia, de expresividad simbólica o de sentido, que no serían en absoluto posi-

bles sin narraciones. He aquí algunos ejemplos: *El compromiso matrimonial en St. Domingo* (*Die Verlobung in St. Domingo*) de Kleist, una historia de amor, en cuyos lances conflictivos simbólicos está contenida la Revolución Francesa entera. Y esto vale también para el relato de Melville *Billy Budd*. En unas 100 páginas se presentan simbólicamente todos los conflictos de la Revolución Francesa, incluso los existentes entre Inglaterra y Francia. De hecho hay muchas producciones poéticas que, también como historiador, valoro de una forma determinable más que una colección de fuentes de utilidad estadística, pues ella implica un tipo de enfoque completamente diferente. La condensación, la poetización¹⁹ (*Verdichtung*), que es una parte muy importante del dominio de la experiencia humana, no se debería adjudicar sin más únicamente a la pura ficción, sino que es menester conceder que muchos escritores han conceptualizado experiencias históricas de tal modo que de ahí se derivan plausibilidad e intelección de la realidad. Pienso asimismo en las novelas de Faulkner sobre la guerra civil americana. La perspectiva, la diversidad de estratos de la experiencia que se excluyen recíprocamente, es uno de sus grandes temas. Esto significa que las experiencias truncadas en cada caso son reunidas por él en la novela de una manera que cualquiera puede entender cómo surgen y se agarran conflictos insolubles.

DUTT: Sobre todo desde *Metahistory* de Hayden White²⁰ se discute intensamente la dimensión poética no sólo de la historiografía con dispensa para emplear designaciones genéricas como «novela», sino incluso de la académica, de la cultivada por los especialistas. White ha desarrollado una poética de la historiografía, que enlazando con Northrop Frye descubre también en las exposiciones de obras históricas rigurosamente fieles a las fuentes formas arquetípicas de modelación narrativa del mundo —romance, comedia, trage-

dia y sátira—. ¿Ha podido usted sacar provecho de estos trabajos para sus propias investigaciones? ¿Cómo valoraría en general la discusión, todavía en curso, acerca de la narratividad y la poeticidad?

KOSELLECK: Yo mismo he editado a White para ponerlo al alcance del público alemán²¹, aunque, con todo el afecto que siento por él como autor, lo critico. Ha desarrollado un enfoque legítimo que, en suma, tematiza el estatuto lingüístico de un relato histórico y de la historiografía. En ese sentido aproxima la historia a géneros que también son abordados en la ciencia literaria, en la historia de la literatura o en la historia de la retórica. La ampliación algo farragosa de las categorías de la retórica como conceptos de géneros es un problema secundario. El problema principal estriba en que White descuida aquello que distingue a la ciencia histórica, la cual erige ella misma una instancia de control de la exégesis de las fuentes, cuya valla metódica siempre debe saltar para acreditarse como ciencia. Y esta instancia de control de la exégesis de las fuentes desaparece finalmente en White. Por eso su análisis, aunque sugerente y estimulante, no basta para marcar la diferencia entre historiografía y ciencia histórica. Esto no puede conseguirlo White con sus categorías. He ahí su gran desventaja. El redescubrimiento de la narratividad, movimiento hoy de moda, es también en el fondo una reacción contra una historiografía sociologista que procede con excesivos bríos analíticos y quizá incluso contra la sociología en general, asunto que, sin embargo, no quiero entrar a valorar ahora. Pero se trata de una problemática fallida, porque los criterios de índole metódica inmanentes a la ciencia no pueden cumplirse mediante ningún complemento, disolución o superación narrativos. Luego sí, hemos de conservar los criterios inmanentes a la ciencia, con lo que, obviamente, no estamos estableciendo ya cómo escribirá con posterioridad el historiador.

Cómo se exprese por escrito el historiador es algo que, a la postre, depende de su propia capacidad para expresarse, y aquí, por supuesto, constatamos una vecindad con la literatura.

Dudo que de lo precedente pueda derivarse la conclusión ulterior de que la narratividad pueda ser una base para la identificación. Creo que la historiografía se ha sobreestimado como gremio si piensa que con sus narraciones puede crear o producir identidades políticas, lo que en cierta manera es una esperanza idealista de muchos narrativistas.

DUTT: Por consiguiente, usted no es amigo de la tesis desarrollada por Lübbe, según la cual la historia asume la función de presentación de la identidad²² —tesis provista, también ya en Lübbe, de la reserva de una determinación parcial—.

KOSELLECK: Con toda seguridad esto es una sobreestimación que obedece a que en el siglo XIX la historiografía ocupaba una posición que aventajaba en rango a casi los teólogos. Más tarde, con la diferenciación y especialización de la politología, la sociología, etc., perdió relevancia y sobre todo actualidad, que puede ser recobrada sólo artificialmente. Ahí exactamente apunta, por otra parte, mi crítica a la escuela francesa de los *Annales*, que, vista desde esta perspectiva, representa una historiografía puramente autista al servicio de la propia identificación francesa. Braudel empezó definiendo la Revolución Francesa como punto final de la *larga duración* para escapar a las dificultades complejas que desde entonces han ido al encuentro de la historia francesa. Es decir, esta *larga duración* es un postulado idealista con miras a la identificación francesa. Y lo mismo vale naturalmente para los fundadores de identificación de nuestros días. Pierre Nora²³ se refiere únicamente a los lugares de la memoria (*Erinnerungsorte*) franceses, y los conflictos reflejados en los mismos con Alemania, con Gran Bretaña, con Italia y España,

no son considerados como tales desde perspectivas contrapuestas. Pero la ciencia histórica tiene el deber de presentar los conflictos en su diversidad y no de buscar la identidad. Y ahí reside la enorme ventaja de la ciencia histórica, como evidentemente también de la historiografía si en ella se expresa ciencia: que constriñe a leer a contrapelo, que gracias a ella hemos de tomar buena nota de verdades que no son fundadoras de identidad.

DUTT: Las exigencias de relevancia que le son dictadas a la ciencia histórica por conceptos de actualidad fijados extracientíficamente y, a ser posible, políticamente, están por principio fuera de lugar. Los análisis del presente no son «más importantes» que la denominada investigación «puramente anticuaria».

KOSELLECK: Obviamente, yo siempre les concedería a los análisis del presente la oportunidad de despertar en el lector normal una mayor curiosidad que, por ejemplo, a temas aparentemente muy alejados de sus intereses; pero esto carece de validez desde el punto de vista de la teoría de la ciencia y no debería valer desde el de la política de la ciencia. Tiene usted toda la razón. Epistemológicamente es un argumento débil sostener que con la aproximación al presente se gana mayor actualidad y relevancia. Relevancia y actualidad consisten más bien en evaluar zonas conflictivas que van más allá de individuos y asociaciones personales y que se generan siempre de nuevo. En consecuencia, puedo aprender más de Tucídides que, verbigracia, de cualquier biografía de Helmut Kohl. La extrañeza (*Fremdartigkeit*) de historias pasadas puede ser para el conocimiento mucho más importante que la rememoración instrumentalizada de la historia. Precisamente ahora, en que vuelven a perfilarse antagonismos religiosos a escala global, la cuestión verdaderamente crucial estriba en si para nuestra capacidad de acción política de hoy no es más importante conocer las historias de Mahoma y

leer las suras que seguir a diario la sucesión de los actos terroristas. De hecho, en nuestra situación la distancia quizá sea más actual que la proximidad. Y si conseguimos saber esto de una vez, entonces no podremos tragarnos la simple alternativa «actualidad» o «pura antigualla». En la historia realmente todo guarda siempre relación con todo, y averiguar qué perspectivas deben promoverse para ganar conocimiento en general o incrementarlo, es ciertamente un arte que debería distinguir al historiador.

La ventaja de la ciencia histórica reside en todo caso en que efectivamente, como sabía Goethe, están a su disposición un par de milenios. En consecuencia, es capaz de entender la actualidad misma definida con anterioridad como un cortocircuito y, bajo ciertas circunstancias, como un cotocircuito políticamente peligroso. Actualizaciones organizadas parecen también muy deprisa. Incluso esas identidades producidas constantemente son a corto plazo y asmáticas. Así como no existió «un pueblo alemán» tal cual fue invocado de continuo en el siglo XIX, tampoco tenemos hoy una «comunidad europea» que opere fundando identidad. Por supuesto, podemos trabajar políticamente en esa dirección y hasta propiciar argumentos históricos, pero no los encontraremos si se funcionaliza o instrumentaliza la historia. La historia se sustrae a toda instrumentalización. Ella siempre se vengará como un poder que entraña algo más que la posibilidad de forzar ofertas de identificación.

DUTT: En un artículo que se ha hecho famoso, aparecido primeramente en el libro de homenaje a Karl Löwith, ha investigado la pérdida de validez que se inicia con la modernidad del topos *Historia Magistra Vitae*, su «disolución en el horizonte de la movida historia moderna»²⁴. ¿Estaría usted de acuerdo conmigo, si yo afirmara que el punto principal, o al menos uno de los principales, de su «lucha

partisana» por una Histórica que tematiza estructuras de repetición —sean naturales, antropológicas o contingentes históricamente— como condiciones de posibilidad de historias consiste en la rehabilitación de ese topos? Si cabe identificar estructuras de repetición, entonces también pueden hacerse pronósticos, que aunque tal vez no nos autoricen a deducir acontecimientos particulares, sin embargo, nos permiten decir lo que en general puede ocurrir y lo que probablemente ocurrirá.

KOSELLECK: Tiene usted razón. El topos *Historia Magistra* perdió su evidencia en el siglo XIX tras la Revolución Francesa, porque la historia entera fue concebida crecientemente como única (*einmalig*). Éste es también el axioma del llamado historicismo. Cada época está relacionada directamente con Dios, por consiguiente, es siempre única. Y tal unicidad (*Einmaligkeit*) impide aprender algo de un caso anterior por ser único. En realidad, esta teoría de la unicidad del historicismo es un resultado de la sociedad acelerada revolucionaria e industrial que suprimió el Estado estamental y dio lugar al Estado igualitario de la democracia analizado por Tocqueville. Pero cuanto más aumenta la unicidad en el horizonte de la industrialización moderna, tanto mejor se demuestra que las condiciones que han posibilitado esas unicidades se repiten fuertemente. Y en ese sentido se le hace justicia a la *Historia Magistra Vitae* en un plano teórico diferente. No podemos predecir los detalles, no sabemos qué hará en el futuro el presidente Bush. Pero conocemos el marco de las condiciones dentro del cual, por ejemplo, los americanos combatirán desde ahora el terrorismo. Luego las categorías con las que trabajan los americanos para sus diagnósticos albergan naturalmente elementos repetitivos de su entera cosmovisión política, que sin duda, bajo el aspecto de la libertad democrática, es modélica, pero con secuelas y cargas que repercuten

de una manera menos modélica en otras zonas del globo.

Lo que distingue a la modernidad es, compendiado en un solo concepto, una aceleración que no está contenida en las condiciones (*Vorgaben*) naturales de la humanidad. Y la diferencia fundamental entre la historia desde el siglo XVIII y las historias precedentes es que las mismas condiciones estructurales cambian más rápidamente de lo que antes era posible. Esto empieza con la fuerza motriz del vapor y continúa después con los aceleradores químicos, electrónicos y atómicos que han transformado por completo toda la red de comunicaciones, todo el sistema de transmisión de información, y lo han hecho de tal manera que hoy se puede viajar alrededor del globo (no sólo utópica, sino realmente) en veinticuatro horas; y que los acontecimientos de cualquier punto del globo están incluidos simultáneamente en los noticiarios de todos los receptores. Lo cual significa que cabe reconocer una ley, delinear una regularidad, que, por lo demás, ya formuló Henry Adams en América en el año 1904: «The Law of Acceleration»²⁵. Ella se basa en que los aceleradores técnicos han cambiado la estructura de la sociedad entera y las potencias económicas, así como la estructura de la decisión política. Esto implica que ya no sirve estar a la espera de decisiones que nos incumben, sino que deben pensarse de

antemano a fin de ser capaces de actuar. Tenemos que intervenir con mayor celeridad e igualmente, en virtud de las posibilidades de repetición, pensar anticipadamente y a largo plazo para poder obrar en la actualidad. Los acontecimientos y las noticias sobre ellos convergen visiblemente. Lo acabamos de vivir ahora de nuevo con el ataque terrorista a Nueva York: El acontecimiento y las imágenes que hemos contemplado fueron sincrónicos. Es decir, ya no hay diferencia entre los acontecimientos, por un lado, y su presentación e interpretación políticas, por otro, sino que éstas deben ser pensadas teóricamente por anticipado para poder influir en aquéllos. En ese sentido toda la estructura de la acción ha sido alterada por la aceleración de los sistemas de comunicaciones y de la transmisión de información, y lo mismo vale en el terreno militar. Pensar por adelantado presupone, no obstante, un mínimo de estructuras de repetición; de lo contrario, no sería posible anticipar nada en absoluto. Esto es, lo que ahora debe ser pensado por adelantado es la anticipación de posibles repeticiones para ganar en general influencia sobre lo que pasa.

En suma, *Historia Magistra Vitae*, sí, pero no en el sentido de la repetición de acontecimientos particulares, sino en el sentido de una ciencia del pronóstico que mida los márgenes de posibilidad de acontecimientos.

NOTAS

¹ «Geschichte(n) und Historik. Reinhart Koselleck im Gespräch mit Carsten Dutt», en *Internationale Zeitschrift für Philosophie*, núm. 2, 2001, pp. 257-271. Agradecemos a dicha revista su autorización a *Isegoría* para esta traducción, agradecimiento que hacemos extensivo al profesor Koselleck y al Sr. Dutt. Faustino Oncina (Universitat de València) es el responsable de la traducción al castellano y de las notas aclaratorias [*Isegoría*].

² El siguiente texto es una versión, reelaborada con vistas a su publicación y provista de citas, debidamente verificadas, y algunas notas, de una entre-

vista con Reinhart Koselleck que mantuve en Bielefeld el 17 de septiembre de 2001. Quisiera agradecerle sinceramente al Sr. Koselleck su amable disposición a realizar esta entrevista y las molestias que se tomó para revisar el texto resultante. [Carsten Dutt.]

³ Jacob Taubes, «Geschichtsphilosophie und Historik. Bemerkungen zu Kosellecks Programm einer neuen Historik», en Reinhart Koselleck, Wolf-Dieter Stempel (eds.), *Geschichte-Ereignis und Erzählung*, München, 1973 (=Poetik und Hermeneutik V), pp. 490-499, aquí p. 493.

⁴ Reinhart Koselleck, *Kritik und Krise. Eine Studie zur Pathogenese der bürgerlichen Welt*, Freiburg, München, 1959, 2. Aufl., Frankfurt a. M., 1973 (ed. cast. *Crítica y crisis del mundo burgués*, Madrid, Rialp, 1965). [N. del T.]

⁵ Koselleck ha rastreado en varios trabajos la conversión en la segunda mitad del siglo XVIII de la historia (*Geschichte*) como un concepto plural, que designa historias particulares, en uno singular (la historia sin más, la historia en general, en y para sí misma...), y que comprime en uno el doble uso lingüístico de «*Geschichte*» y «*Historie*», que hace que a partir de entonces ambas expresiones puedan calificar tanto la conexión entre los acontecimientos como su representación. Con su comunión semántica se inicia la filosofía de la historia, en la que la noción de historia como ámbito de la realidad quedó unida a la trascendental como espacio de la reflexión, siendo sujeto y objeto de sí misma. Además, propicia el drenaje del carácter edificante, esto es, de la ejemplaridad repetible, del pasado, desdénado como un lastre en favor de una dilatación incesante del futuro, disponible y prepotente a la vez, que le ha arrebatado a la providencia sus atributos divinos al erigirse en tribunal universal [*Vergangene Zukunft* (VZ), Frankfurt, Suhrkamp, 1979, *passim*; ed. cast., *Futuro pasado* (FP), Barcelona, Paidós, 1993 —para una sistematización de los criterios de ese nuevo concepto véase, p. ej., VZ, pp. 264-265; FP, pp. 255-256—, o la voz «*Geschichte, Historie*» en el vol. 2 del léxico *Geschichtliche Grundbegriffe* (GG), Stuttgart, Klett Cotta Verlag, 1975, pp. 593-717; ed. cast., *historia/Historia*, traducción e introducción de A. Gómez Ramos, Madrid, Trotta, 2004].

La diferencia y posterior identificación entre *Historie* y *Geschichte* la expone del modo siguiente: «En el ámbito lingüístico alemán se produjo un deslizamiento semántico que vació de su sentido al viejo *topos* o, al menos, impulsó este vaciamiento. La palabra extranjera *Historie*, que había obtenido carta de naturaleza alemana y significaba prevalentemente la relación, el informe (*Bericht*), la narración de lo sucedido (*Erzählung von Geschehenem*) y especialmente las ciencias históricas, fue relegada visiblemente en el curso del siglo XVIII por la palabra *Geschichte*. La marginación de la *Historie* en favor de la *Geschichte* se realizó aproximadamente a partir de 1750 con una vehemencia medible estadísticamente. Pero *Geschichte* significa en primer lugar el evento (*Begebenheit*) o una serie de acciones efectuadas o sufridas, cometidas o padecidas; la expresión se refiere más bien al mismo acontecer que a su informe. Ciertamente, y ya desde hace tiempo, la *Geschichte* incluía en su significado también el informe, así como, a la inversa, la *Historie* indicaba el acontecimiento mismo. [...]. Cuanto más convergían la *Geschichte* como acontecimiento (*Ereignis*) y como representación (*Darstellung*) tanto más se preparaba lingüísticamente el giro trascenden-

tal que debía conducir a la filosofía de la historia del Idealismo. La *Geschichte* como nexa entre acciones se fusionó con su conocimiento. La afirmación de Droysen de que la *Geschichte* sólo es el saber de ella misma es el resultado de esta evolución. Esta convergencia de un doble sentido obviamente modificó también el significado de una *Historie* como *magistra vitae*» (VZ, pp. 47-48; FP, p. 50 —no nos hemos atendido literalmente a esta traducción—. Ante la imposibilidad de encontrar siempre correlatos exactos de ambos términos en castellano, hemos optado por traducirlos como «historia», con las salvedades que indicaremos, incluyendo entre paréntesis el original alemán, si lo consideramos necesario. En caso de omitir el paréntesis, nos referimos a «*Geschichte*», pues esta locución sumará a su significado originario de historia acontecida el de *Historie* o historia relatada, mentando tanto la serie de acontecimientos como su narración. A fin de distinguir la *Histórica* (*Historik*), en cuanto doctrina trascendental de la historia, del adjetivo «histórica» (*geschichtlich, historisch*), emplearemos la mayúscula para la primera. [N. del T.]

⁶ «Histórica y hermenéutica» (1985), en Reinhart Koselleck, *Zeitschichten. Studien zur Historik* (ZS), Frankfurt a. M., 2000, pp. 97-118, aquí p. 99 [ed. cast., *Historia y hermenéutica* (HH), Introducción de J. L. Villacañas y F. Oncina, Barcelona, Paidós, 1997, p. 68].

⁷ Cfr. Reinhart Koselleck, *Goethes unzeitgemäße Geschichte*, Heidelberg, 1997.

⁸ Koselleck se refiere a la yuxtaposición o coexistencia de diversas temporalidades, a la simultaneidad cronológica de lo que no es simultáneo social y políticamente, fenómeno típico de la modernidad acelerada, detonante de conflictos, que denomina «contemporaneidad de lo no contemporáneo» (cfr., p. ej., ZS, p. 101; HH, pp. 72-73). [N. del T.]

⁹ Hans-Georg Gadamer, *Wahrheit und Methode. Grundzüge einer philosophischen Hermeneutik*, 6. Aufl., Tübingen, 1990, p. 345 (ed. cast., Salamanca, Sígueme, 1991, p. 413). [Aquí se traduce *Historie* como «historiografía», equivalencia que, amén de no ser siempre rigurosamente fiel al significado del término alemán, no deja de resultar en ocasiones aporética, como evidencia el afán de Koselleck por deslindar entre hermenéutica e Histórica] [N. del T.]

¹⁰ Cfr. ZS, pp. 113-117; HH, pp. 89-93. [N. del T.]

¹¹ Cfr. Hannah Arendt, *Vita activa oder vom tätigen Leben*, München, 1981, pp. 300-311: «Die Unwiderstehlichkeit des Getanen und die Macht zu verzeihen» (ed. cast., Barcelona, Paidós, 1993, p. 255: «Irreversibilidad y el poder de perdonar»).

¹² Koselleck, «Historik und Hermeneutik», en ZS, p. 113 (HH, p. 88).

¹³ La Histórica como doctrina de las condiciones de posibilidad de historias parte de la indigencia de la analítica existencial de Heidegger para tematizar la

estructura fundamental temporal de éstas. Así, por ejemplo, Koselleck cree necesario complementar la determinación heideggeriana del «precurso de la muerte» (*Vorlaufen zum Tode*) con la categoría del «poder matar» (*Totschlagenkönnen o sich gegenseitig umbringen zu müssen*) (ZS, pp. 99-102; HH, pp. 71-75). El par antitético que sigue a «tener que morir»/«poder matar» es «amigo»/«enemigo», de cosecha schmittiana (ZS, pp. 102-104; HH, pp. 75-77). Hemos de reparar en la metafísica belicista que le corresponde a esta idea aplicada a la soberanía nacional. Pues una nación es para Schmitt verdaderamente soberana sólo si reconoce al enemigo y se afirma frente a la negación de la propia existencia. Todo lo político —y con esta determinación quería difamar el Estado liberal por su debilidad— se preserva únicamente mediante la disposición a matar y a morir. Quien critica con fundamentos morales la autoafirmación existencial y se opone a la determinación amigo-enemigo, cae él mismo bajo la definición de enemigo y su resistencia debe ser quebrada. Pues sólo mientras el Estado reprima a sus enemigos interiores, puede conservar su sustancia política en la lucha contra los enemigos exteriores [cfr. *El concepto de lo político* (1932), Madrid, Alianza Universidad, 1991]. [N. del T.]

¹⁴ Cfr. Reinhart Koselleck, *Kritik und Krise. Eine Studie zur Pathogenese der bürgerlichen Welt*, München, Freiburg, 1959, 2. Aufl., Frankfurt a. M., 1973 (ed. cast., *Crítica y crisis del mundo burgués*, Madrid, Rialp, 1965).

¹⁵ Reinhart Koselleck, *Preußen zwischen Reform und Revolution. Allgemeines Landrecht, Verwaltung und soziale Bewegung zwischen 1791 und 1848*, Stuttgart, 1967, 2. Aufl. 1975. Taschenausgabe, München, 1989.

¹⁶ Un trabajo capital de Koselleck acerca del federalismo como estructura recurrente, repetitiva y cambiante a la par, con incidencia en el debate actual sobre la constitución europea y la articulación externa e interna de los países involucrados en ella, es el texto presentado el 22 de junio de 1993 en el marco de la Conferencia Marc-Bloch organizada por la *École des hautes études en sciences sociales* de París: «Estructuras federales de la historia alemana». Su tesis principal reza como sigue: «la historia alemana se distingue... de la de los países vecinos por sus estructuras federales. Es la historia de los numerosos pueblos en el seno de un único Imperio lo que ha marcado la experiencia alemana hasta la consigna «*Ein Reich, ein Volk, ein Führer*» (Un Imperio, un pueblo, un caudillo) —fórmula destinada, no obstante, a recusar el carácter federal de la historia constitucional alemana» (Reinhart Koselleck, *L'expérience de l'histoire*, París, Gallimard/Le Seuil, 1997, p. 124; cfr. Ídem, *Europäische Umrisse deutscher Geschichte: zwei Essays*, Heidelberg, Manutius Verlag, 1999). Su conclusión es también una exhortación prometedoramente ante el desafío que nos aguarda: «Las soluciones federales tienen

la inmensa ventaja de permitir ponerse de acuerdo sobre un mínimo de derecho y de política comunes y de consentir a la vez un máximo de autonomía a las partes implicadas. Cualquiera que pueda ser la Europa del porvenir, existe sin duda un *mínimum* federal que debemos alcanzar si queremos continuar viviendo juntos sobre este continente» (pp. 133-134). [N. del T.]

¹⁷ Hemos optado por traducir de esta manera «*Geschichte der Historie*» a sabiendas de que el término *Historie* se refiere a la historia en el triple sentido de conocimiento (*Kunde*), relato (*Erzählung*) y ciencia (*Wissenschaft*) histórica (véase la voz «*Geschichte, Historie*», en *GG*, vol. 2, pp. 593-595). Hemos pretendido así delimitar dos términos que inician a partir del XVIII su convergencia. La apuesta aquí por «historiografía» obedece a que el entrevistador parece tener en mente sobre todo el artículo de Koselleck «Cambio de experiencia y cambio de método. Un apunte histórico-antropológico» (ZS, pp. 27-77; ed. cast., *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001, pp. 43-92), donde se establecen tres tipos ideales de historiografía (*Historiographie*) (op. cit., p. 41; p. 57). [N. del T.]

¹⁸ Cfr. Thomas S. Kuhn, *Die Struktur wissenschaftlicher Revolutionen*, Frankfurt a. M., 1967 (passim) [ed. cast., México, Fondo de Cultura Económica, 1975].

¹⁹ Koselleck juega aquí con los dos sentidos etimológicos de la palabra alemana «*Verdichtung*», condensación y poetización, con frecuencia tan entrelazados que se arrostra el peligro de borrar la frontera entre texto histórico y texto literario. Ya que a continuación va a aludir a Hayden White, incluimos a este propósito un pasaje del mismo: «Es un lugar común de la teoría histórica que el relato efectuado a partir de los hechos sea una condensación —una reducción del tiempo de la acción al tiempo del relatar y una reducción de todos los hechos que son conocidos acerca de un período dado de la historia únicamente a aquellos hechos que son importantes— no sólo de los acontecimientos que ocurren en un dominio espacio-temporal dado, sino también de los hechos que puede que se conozcan acerca de esos acontecimientos. La traducción de lo que Collingwood llamó «el pensamiento del historiador acerca de los acontecimientos» en un discurso escrito (lo que de hecho dice o escribe) emplea todas aquellas condensaciones y desplazamientos peculiares del uso del discurso figurativo. Los historiadores pueden desear hablar literalmente y no decir otra cosa que la verdad acerca de sus objetos de estudio, pero no pueden narrativizar sin recurrir al habla figurativa y a un discurso más poético (o retórico) que literal. Una consideración meramente literalista de «lo que ocurrió» en un determinado pasado podría usarse para producir sólo un anal o una crónica, no una «historia». La historiografía es un discurso que apunta normalmente hacia la construcción de una narrativización verídica de los acontecimientos, no a

una descripción estática de un estado de cosas» (Hayden White, «Hecho y figuración en el discurso histórico», en *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós, 2003, pp. 58-59). [N. del T.]

²⁰ Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, London, 1973. Traducción alemana: Frankfurt a. M., 1992 (ed. cast., *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992).

²¹ Cfr. Hayden White, *Auch Klio dichtet oder die Fiktion des Faktischen*, Stuttgart, 1986 (= Sprache und Geschichte, Bd. 10). [Se trata de la traducción alemana de *Tropics of Discourse* (Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1978), aparecida en una colección editorial dirigida por Koselleck y prologada por él mismo. En dicho prefacio abunda en las diferencias con White aquí señaladas. Dos de los artículos de *Tropics* han sido vertidos al castellano en *El texto histórico como artefacto literario* (Barcelona, Paidós, 2003). El profesor norteamericano ha correspondido a la precitada deferencia de su colega germano con unas palabras preliminares a la versión inglesa de una antología de artículos del último (*The Practice of Conceptual History: Timing History, Spacing Concepts*, Stanford, Stanford University Press, 2002, pp. IX-XIV).] [N. del T.]

²² Cfr. Hermann Lübbe, «Zur Identitätspräsentationsfunktion der Historie», en Odo Marquard, Karlheinz Stierle (eds.), *Identität*, München, 1979 (= Poetik und Hermeneutik, VIII), pp. 277-292. [ed. cast., «La función de presentación de identidad de la historia», en H. Lübbe, *Filosofía práctica y Teoría de la Historia*, Barcelona, Alfa, 1983, pp. 109-129].

²³ Cfr. Pierre Nora (ed.), *Les lieux de mémoire*, 7 vols., París, 1984-1992. [Hay que tener presente que el Centro de Investigación Interdisciplinar de la

Universidad de Bielefeld auspició un grupo de trabajo sobre el tema «Monumentos funerarios e imágenes de la muerte, entre arte y política». Un estudio comparado de los monumentos a los muertos en Europa desembozó en varios ensayos y obras de síntesis: R. Koselleck, «Kriegerdenkmale als Identitätsstiftungen der Überlebenden», en O. Marquard y K. Stierle (eds.), *Identität*, München, Wilhelm Fink, 1979, pp. 255-276; R. Koselleck y M. Jeismann (eds.), *Der politische Totenkult. Kriegerdenkmäler in der Moderne*, München, 1994; R. Koselleck, *Zur politischen Ikonologie des gewaltsamen Todes. Ein deutsch-französischer Vergleich*, Verlag Basel, Schwabe & Co AG, 1998; Ídem, «Die Diskontinuität der Erinnerung», en *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, 47, 1999, pp. 213-222; Ídem, «Formen und Traditionen des negativen Gedächtnisses», en V. Knigge y N. Frei (eds.), *Verbrechen erinnern*, München, Beck, 2002, pp. 21-32. A ellos habría que añadir algunos artículos periodísticos polémicos surgidos en el curso del debate público sobre el monumento a erigir en Berlín en memoria de las víctimas del holocausto, recogidos en el volumen Ute Heimrod, Günter Schlusche y Horst Seferens (eds.), *Die Debatte um das «Denkmal für die ermordeten Juden». Der Denkmal-Streit. Das Denkmal? Eine Dokumentation*, Philo Verlagsgesellschaft, Berlín, 1999.] [N. del T.]

²⁴ Reinhart Koselleck, «Historia Magistra Vitae. Über die Auflösung des Topos im Horizont neuzeitlich bewegter Geschichte», en Hermann Braun y Manfred Riedel (eds.), *Natur und Geschichte. Karl Löwith zum 70. Geburtstag*, Stuttgart, 1967, pp. 196-219. Reimpresión en Reinhart Koselleck, VZ, pp. 38-86 (*FP*, pp. 41-66).

²⁵ Cfr. *The Education of Henry Adams. An Autobiography*, Boston, New York, 1918, cap. 34: «The Law of Acceleration», pp. 489-498.